UNA NUEVA BIBLIOTECA DE TEOLOGIA Y UNA GRAN OBRA ECLESIOLOGICA

por EUGENIO GONZALEZ

Si es innegable que en estos últimos tiempos la teología ha adquirido en el mundo entero un vigor especial y vive una inquietud que desde hace siglos no se experimentaba, aun contando con que no todos los logros de esa inquietud hayan sido estimables, también lo es que en España después de nuestra guerra civil el resurgimiento de los estudios teológicos se ha hecho cada vez más patente. Nuevas revistas de teología han aparecido, en las cuales se publican artículos no despreciables, en los que campea, al lado muchas veces de la clásica reciedumbre y seguridad de la teología española, una nueva manera de enfocar los asuntos con acusada presencia de la erudición y la puesta al día en la mayor parte de las cuestiones que se tratan; el teólogo español de hoy no es un teorizante, ni se limita a una lucubración más o menos sólida, sino que mira también al exterior y se pone en contacto con los pensadores de otras naciones, lee y comenta sus trabajos, utiliza los modernos elementos metodológicos y sabe encararse con los problemas más acuciantes de nuestro siglo.

Las semanas de estudios eclesiásticos, anualmente celebradas en no pocos de los aspectos de la investigación: Sagrada Escritura, Teología, Mariología, Espiritualidad, Derecho canónico, etc., son también exponente de esta renovación, en general bien enfocada y con frecuencia eficaz en cuanto al intento de introducir en las mentes de los estudiosos una estructura científica acordada con las corrientes imperantes en el día y, sobre todo, no ausente de la temática que al hombre de hoy preocupa en el terreno religioso.

Al lado de esto también es un signo de este renacimiento teológico la abundancia de libros que van apareciendo sobre asuntos que tocan, más o menos de cerca, a la teología, Desde la Biblioteca de Autores Cristianos,

Universidad Pontificia de Salamanca

tan relacionada con nuestra Universidad, a los libros y folletos que varias editoriales, todas prestigiosas y beneméritas, dan a la luz cotidianamente, puede decirse que en España hoy existe una floración abundante y provechosa de trabajos teológicos, de fuentes, de medios de investigación, que antes no era fácil encontrar entre nosotros. Es cierto que abundan los ensayos, los folletos, las colecciones de artículos, muy desiguales en valor; pero este fenómeno es idéntico al que nos ofrece el extranjero, porque lo imponen los tiempos y las modas. También es verdad que la mayor parte de los autores son de más allá de nuestras fronteras y no siempre de un valor decisivo. Pero no faltan los trabajos serios e importantes, ni las firmas españolas y, sobre todo, se intenta tener al día al lector español y poner en sus manos lo mejor que por esos mundos se publica con el fin de que no se encierre en su concha, aferrado al antiguo adagio: «time hominem unius libri».

En este movimiento, es grato saludar la iniciación de la nueva *Biblioteca de Teología*, patrocinada y dirigida por la Universidad Pontificia de Navarra.

Esta Biblioteca —nos dicen sus editores—, «tratará de proporcionar al teólogo de oficio unos instrumentos de trabajo que le ayuden a desempeñar con más eficacia su ministerio». Si, pues, son fieles a su propósito, cuidarán de darnos textos de importancia, en especial de obras logradas y de trabajos magistrales de todos los tiempos. Quisiéramos que no olvidasen la Patrística y la gran Escolástica. No para que ofrezcan «conserva» de teología, sino para que efectivamente los instrumentos de trabajo que proporcione la Biblioteca sean los mejores y, en cuanto sea posible, de primera mano. Así se cumplirá lo que ellos mismos esperan poder hacer: «con la edición de obras maestras intenta mantener avivado el fuego de los teólogos que nos precedieron».

Si no se tachase de oficiosidad, nos permitiríamos hacer una advertencia a los avisados editores de esta nueva Biblioteca: que el entusiasmo por lo actual no les haga perder la perspectiva de la historia, ni olvidar el valor perenne de muchas obras de la antigüedad, hoy inaccesibles a gran cantidad de estudiosos, los cuales con dificultad pueden consultarlas, o que sólo se nos ofrecen en malas ediciones, incorrectas y sin valor crítico alguno. No sé si esto rebasará el objeto de la Biblioteca, pero sería oportuno que sobre ello se meditase. Porque frecuentemente los ensayistas de nuestros días, tan leídos y creídos por los devoradores de letra impresa, nos dan interpretaciones averiadas, cargadas de subjetivas visiones, de lo que la gran literatura eclesiástica de la antigüedad encierra: las ideas de los Padres muchas veces se «pasan por agua», por el agua de la propia concepción o del propio sistema del que escribe. Y este fenómeno se da

Universidad Pontificia de Salamanca

mayormente en los autores de nuestros días, sobre todo en los más traídos y llevados por la juventud estudiosa.

La Biblioteca quiere servir al sentido integral de la teología y quiere abarcar, con amplitud organizada, todos los aspectos de la ciencia sagrada, desde el estudio de las fuentes hasta la proyección pastoral «in aedificationem corporis ecclesiae». Muy bien. Y que todo se haga con arreglo a las necesidades actuales y del futuro, porque la teología es de siempre y para siempre, pero no cabe duda que cada teólogo está implantado en su tiempo y vive la vida de su siglo y las inquietudes de su ambiente. Por eso la teología de hoy tiene que avanzar, «pero —como nos dicen sus promotores—, con rigor, sin montar hipótesis con ligera facilidad, conjugando la eternidad y la actualidad de que participa, con una medida en suma que sea como la señal externa del respeto a la Palabra de Dios». De acuerdo.

Que para todo eso la nueva Biblioteca nos proporcione instrumentos bien escogidos y dosificados, es lo que deseamos y esperamos de ella. Y que se abra a los teólogos españoles que puedan en ella publicar sus obras, cuando éstas lo merezcan; porque creemos que también hay en nuestra patria quienes tienen una palabra que decir. Ya se muestra lo positivo de la Biblioteca a este respecto con el anuncio que nos hacen, al lado de prestigiosas obras extranjeras, de una española, colaboración de tres autores, dos de ellos los directores de la misma Biblioteca.

El primer volumen de la Biblioteca ya ha sido un acierto. Se trata de una obra cuya versión a la lengua española se hacía necesaria y de una actualidad indiscutible: la *Konfessionskunde,* de KONRAD ALGERMISSEN [1].

Esta traducción, hecha sobre la séptima edición del original, viene a ser como la octava edición, que el autor no ha podido sacar a luz, toda vez que se han puesto al día la mayoría de los datos estadísticos y la situación de las diferentes confesiones. Además el autor ha intervenido eficazmente en la preparación de este trabajo, como se desprende del prólogo que el mismo Algermissen escribió para esta traducción española.

Sería inútil ponderar aquí la importancia de esta obra, reconocida ya desde hace muchos años tanto por los católicos como por los protestantes. Fue de gran utilidad hace más de treinta años, cuando apareció la primera edición y entonces supuso una extraordinaria novedad, de tal modo que pronto se convirtió en el más alto exponente, para algunos el único, del concepto católico de «confesionalidad». Pero es mayor aún su importancia en nuestros días, cuando el movimiento ecumenista se ha ido consolidando, no sólo entre las confesiones separadas de la Iglesia católica

1. KONRAD ALGERMISSEN, *Iglesia católica y confesiones cristianas (Confesionología)*, Rialp, Madrid 1964, XXVI-1431 pp. Citaremos ALG.

Universidad Pontificia de Salamanca

lica, sino entre los mismos teólogos católicos y ha adquirido carta de naturaleza oficialmente por los deseos y la acción de los últimos Papas, Juan XXIII y Pablo VI y la preocupación dominante en el Concilio Vaticano II.

Si se quiere hacer algo práctico en orden al diálogo entre las confesiones cristianas en orden a encontrar de alguna manera la posibilidad de la suspirada unión, lo primero que ha de preocuparse es el mutuo conocimiento. Que el católico conozca bien lo que creen los hermanos separados, en especial las doctrinas sobre las que más fácilmente se produce la confusión, y que los separados conozcan cuál es el pensamiento de la Iglesia católica, sobre todo en aquellos puntos que produjeron la escisión de la Reforma y se mantienen todavía como caballo de batalla en las oposiciones que se producen entre católicos y protestantes. Esto es lo que intenta Algermissen y para lo que nos ofrece un arsenal de alto valor dogmático, histórico, teológico y estadístico.

Y comenzando por este último aspecto, hemos de proclamar la objetividad y actualidad de los datos que el autor recoge en su obra. Todos proceden de fuentes autorizadas, generalmente contrastadas con informaciones oficiales u oficiosas de las mismas confesiones, con lo que la importancia verdadera de cada confesión, secta o denominación, se alcanza con facilidad y seguridad, no siempre ofrecidas por otras estadísticas, o caprichosas o apasionadas. Así se nos muestra en toda su crudeza la situación actual de la cristiandad dividida, la multiplicidad de creencias que han ido naciendo de aquella primera escisión, producida en el siglo XVI, y se ve con elocuente y lamentable claridad cómo el abandono de la regla única y sagrada de fe y de interpretación de la Escritura ha llevado a muchos cristianos a sentencias peregrinas, muchas veces muy lejos de lo que los «reformadores» intentaron. Pero estos datos suponen una realidad: millones de almas, que creen en Cristo y esperan en El, están ante nosotros pidiendo comprensión, caridad, más que condenaciones y dicterios, porque también ellos, de buena fe, buscan «el Reino de Dios, y su justicia», han recibido el bautismo, participan de muchos bienes del orden de la gracia y quieren vivir en el seno del Cuerpo místico de Cristo.

Uno de los méritos mayores de esta obra, por lo que se refiere a la parte confesionológica de las Iglesias separadas, es el análisis certero e imparcial que se hace de las doctrinas de cada una de las confesiones; lo mismo de las orientales, que de las originadas por la Reforma. Difícilmente se encontrará un examen tan completo y objetivo, sin afanes apologéticos que puedan desvirtuar el juicio crítico, sino con el mayor respeto a la verdad, aunque, a veces, haya que corregir ideas anteriormente arraigadas entre los católicos por una ignorancia de los textos

Universidad Pontificia de Salamanca

o por una interpretación inadecuada, procedente de posturas polémicas inveteradas. Pero tampoco se disimulan los errores, ni se intenta ninguna conciliación, que pudiera llevarnos a un indiferentismo religioso o a la creencia, muy extendida hoy por desgracia, especialmente en los medios que se llaman a sí mismos «ecumenistas», de que es fácil la transacción o la componenda entre la doctrina católica y las muy diversas de las confesiones separadas; y se ve con claridad que, si se ha de trabajar incesantemente y con todo empeño por la unión, ésta no puede realizarse dando de lado las doctrinas, prescindiendo de la rigurosidad teológica y lanzándola a lo que se ha llamado, por imperativo del momento histórico, o de la moda política, «coexistencia teológica», frase infeliz cuya improcedencia se nos muestra a través de este sereno estudio que Algermissen hace de los «dogmas» de cada una de las confesiones.

Y no es que cargue las tintas, o acuse extremadamente de error lo que sólo sea diferencia de enfoque o resultado de unos conceptos, acentuados en demasía, pero que pudieran compaginarse con una interpretación benévola a la que se renuncie por postura; no, cada cosa aparece en su justo sentido y en su auténtica faz, sin paliativos; pero sin exageraciones. Sirva de ejemplo, por no citar otros muchos, la exposición que se hace en las páginas 1327 ss., de la mariología de Lutero, exposición desapasionada en que se destacan los puntos de luz y no se insiste demasiado en las sombras; aunque éstas no se soslayen ni se disimulen.

Es fiel Algermissen a este respecto a su propio criterio explícitamente manifestado: «...hay que sentar bien claro que el ocultar las diferencias y contrastes no puede producir puentes seguros para pasar de una parte a otra. No se puede causar detrimento y daño a la verdad de Cristo por amor de una falsa paz» [2]. Y cita allí mismo unas clarísimas observaciones del teólogo protestante Asmussen [3]: «Debemos llegar a la verdad pasando a través de las confesiones y no dejándolas de lado. Si no queremos naufragar en una mezcolanza viscosa de ideologías cristianas...». Y así debe ser, pues si cada confesión ha de ser fiel a sí misma, no puede dejar de lado la doctrina. Y por ello, el católico que dialoga ecuménicamente con los separados no puede desentenderse de la verdad que cree. Porque, dice el mismo Algermissen y no debe ser olvidado: «Cristo vino al mundo para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Pero vino al mismo tiempo como maestro; nos trajo vida divina en cuanto El es la infinita verdad... La recta fe, fundamento de la justificación, se basa en la recta doctrina» [4].

---

2. ALG, p. 1320.
3. ASMUSSEN, H., *Genzheit und Mitte des Glaubens*, en «Wort und Wahrheit», Viena (1960) 169.
4. ALG, p. 228.

Universidad Pontificia de Salamanca

Es lo que se echa de menos en muchos «ecumenistas» de nuestros días, ilusionados con el acercamiento a ultranza. Hablan de la fe de tal modo que no se sabe si la admiten en sentido protestante o católico; rehuyen recordar el Tridentino, y aún hay quien estima que está superado; cuando tratan de la Misa, esquivan el nombrar la palabra «sacrificio» y raramente aparece en la exposición, aun en textos litúrgicos, la presencia real de Cristo; extreman la confianza en Cristo, dejando en las sombras el mérito personal de las obras por la gracia; insisten demasiado en el «sacerdocio de los fieles», olvidando el auténtico sacerdocio sacramental, etc., etc. ¿Cuáles son los frutos de este proceder? ¿El mejor entendimiento con los hermanos separados? ¿Se les hace a éstos algún favor esquivando los problemas, o haciéndoles pensar que la desunión es fruto de cuestiones disputables y que pueden superarse con sola la comprensión caritativa? El fruto que, desgraciadamente, se está reportando en muchas regiones de la tierra es la disminución de las conversaciones. Lógicamente se extiende entre los cristianos separados la idea de que es indiferente pertenecer a ésta o aquella confesión, con tal que cada uno sea fiel a la suya.

Otro mérito de esta obra, y no ciertamente el menor, es la exposición del nacimiento y desarrollo histórico de cada una de las confesiones. Destaca la seriedad del trabajo y la objetividad con que se estudia la personalidad de los fundadores, sin que aparezca por lado alguno la desconsideración o el desprecio de su categoría espiritual. Puede decirse que se dibujan los rasgos espirituales de estos fundadores, o de sus colaboradores más íntimos, con respeto y aun con cariño. No hay, pues, en estos relatos históricos ninguna deformación, ni afán de llevar el descrédito a la obra que realizaron o a la rectitud de intención con que, aun los más alucinados y visionarios, entendieron que debían actuar en su afán de reformar la Iglesia.

El análisis de las doctrinas y los símbolos es también obra de mano maestra. E igualmente la descripción de las distintas liturgias, con un examen escrupuloso de las fuentes.

La primera parte de la obra es un tratado de Eclesiología; en algunos aspectos, de carácter tradicional; en otros, de un estilo moderno y ágil, adaptado a la mentalidad moderna, sin concesiones exageradas al progresismo, sino bien arraigada en la verdad dogmática y en la sana teología. Uno de los mayores logros de este libro lo constituye el capítulo segundo de la segunda parte [5], que puede decirse un estudio histórico-dogmático de la doctrina sobre la Iglesia, en la antigüedad, en la patrística, en la escolástica, en la teología moderna, y se cierra con un artículo dedicado

5. ALG, *La eclesiología centro de la teología católica*, p. 178 ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

a «la Iglesia como idea central del hombre católico». Otro gran capítulo es el cuarto de esta misma primera parte [6], que trata de la unidad católica de la fe y las fuentes de la fe. Lo que allí se dice sobre la tradición es posible que no agrade demasiado a todos y que algunos crean ver en esa concepción tan rígida de la tradición «constitutiva» una dificultad en orden a los fines ecumenistas; pero la verdad es que este estudio está hecho con todas las garantías y que muestra, a la vez, cómo el verdadero camino para el entendimiento no está en los subterfugios, sino en la verdad y la claridad, que no están reñidas con la caridad y la mutua comprensión.

Particularmente interesante a este respecto es el capítulo primero de la sexta parte, dedicado a estudiar los caminos para llegar a la unión de las Iglesias, y en el que las dificultades de orden dogmático y de carácter orgánico se presentan junto a las posibilidades de una comprensión, dando de mano a posiciones exageradas e inadmisibles, como la de Karl Barth, por ejemplo, sobre el culto prestado a María santísima [7], y también a las diferentes sentencias o interpretaciones de las escuelas, o a las ilustraciones apoyadas en la filosofía, que nunca constituyen la verdadera doctrina católica.

El segundo capítulo de esta sexta parte y último de la obra se refiere a las religiones no cristianas. Dentro de su brevedad es muy útil y en él brilla la claridad y sinceridad que es patrimonio de toda la obra.

En su conjunto la obra de Algermissen se nos ofrece como algo monumental y hoy por hoy único, a la que habrá que recurrir para tener una visión de conjunto, clara y despejada, de todos los temas que encierra la eclesiología católica, la confesionología en general y las vías más adecuadas y prácticas para el ejercicio sano y eficaz del ecumenismo, en busca del logro, aun externo y visible, de la «Una Sancta», aspiración de todos los que sinceramente deseamos el bien de todas las almas y la realización del deseo de Cristo sobre la unidad de su Iglesia.

Algunos lunares, no todos atribuibles a la traducción, pero de no gran importancia, nada quitan de mérito a obra tan importante. Uno de estos lunares, permítasenos manifestarlo con pena, es la preterición que observamos, en la relación de las Universidades que deben su existencia a la

---

6. ALG, *Unidad católica de la fe y fuentes de la fe*, p. 227 ss.
7. ALG, p. 1325. La cita de BARTH dice: «Donde "se venera" a María no está la Iglesia. La Mariología es una hipertrofia, es decir, una creación morbosa del pensamiento teológico. Las hipertrofias deben ser suprimidas». K. BART, *Kirchl. Dogmatik*. I, 153, 154. No quisiéramos acusar a nadie, pero a no pocos católicos les ha parecido que harían un bien a la causa de la unión si se aceptase de algún modo la postura de esta teología protestante y se echase algo de tierra sobre la Mariología.
8. ALG, *La lucha del cristianismo con las religiones mundiales*, p. 1360 ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

Iglesia [9], de las universidades españolas de Salamanca y Alcalá. Otro lunar, probablemente de la traducción, consiste en citar obras alemanas por la traducción italiana. Puede ser que se haya utilizado est atraducción para hacer la española, pero debió tenerse en cuenta lo impropio de tales alegaciones, máxime cuando, como en el caso de las obras de Scheeben, se podía haber citado la versión española, existente de algunas de ellas, si no se quería dar el título original, suficientemente difundido y común para la mayoría.

Repetimos nuestros plácemes a la nueva Biblioteca de Teología por haber acertado a iniciar la colección con obra de tan alto interés.

9. ALG, p. 493.

Universidad Pontificia de Salamanca